



SILVIA MOLINA

Fuente: <http://www.silviamolina.com/>

**“La diplomática
Agregada cultural en la embajada de México en Bélgica”.**

<http://www.mexicodiplomatico.org/embajadas/belgica.pdf>

Comentarios y sugerencias:

C. Verónica Astrid Karam Enríquez.
Universidad Nacional Autónoma de México.

www.mexicodiplomatico.org

vake_diplomatic@mexicodiplomatico.org

Fuentes: <http://www.silviamolina.com/>

Silvia Molina nació el 11 de octubre de 1946, en la Ciudad de México. Estudió Antropología en la ENAH y es licenciada en Lengua y Literaturas Hispánicas por la UNAM.

Ha vivido en Francia, Inglaterra, Estados Unidos y Bélgica, y ha sido profesora de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, profesora visitante en la Brigham Young University en Provo, Utah, Estados Unidos, y becaria del Centro Mexicano de Escritores y del Sistema Nacional de Creadores de Arte. **Fue agregada cultural de México en Bélgica.**

Ha escrito novela, cuento, cuento para niños, ensayo, teatro y crónica. Recibió el Premio Xavier Villaurrutia en 1977 por *La mañana debe seguir gris*; el Nacional de Literatura Juan de la Cabada por *Mi familia y la Bella Durmiente*; *cien años después*, el Premio Sor Juana Inés de la Cruz de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, por *El amor que me juraste*; el Premio Leer es Vivir de Editorial Everest en España por *Quiero ser la que seré*. Algunas de sus obras han sido traducidas a varios idiomas. Narradora,

Es editora, crítica literaria y promotora cultural.

**Silvia Molina y su maravillosa
forma de cocinar un texto literario.**

Lourdes Rangel

Me parece que es práctico e ilustrativo para la gente ver desde dentro cuál es el oficio del escritor y qué es lo que hace cuando escribe, dijo Silvia Molina, quien desde su cocina ha fabricado platillos ideales para los golosos de las letras, como las novelas *La mañana debe seguir gris* (Premio Xavier Villaurrutia, 1977), *Ascensión Tun* y *La familia vino del norte*. Entre sus cuentos, paladeamos las deliciosas *Lides de Estaño*, *El papel* y *El algodón*.

"La cocción de un texto literario difiere según el trabajo que se esté desarrollando. Cuando tienes una idea la vas madurando por dentro durante mucho tiempo. De pronto se me ocurre más o menos el tema o tengo una historia, entonces trabajo la historia dentro de mí constantemente hasta que empiezo a concebirla con cierto orden. Empiezo a saber qué es lo que quiero decir. A partir de este momento tomo apuntes en cuadernos de las cosas que se me ocurren, suscitadas por mis lecturas de otros libros.

Tengo también unos diarios del tamaño de los cuadernos que usan los notarios o los contadores en donde pego programas de teatro, recortes de periódico, lo cual, al cabo del tiempo, me sirve para armar mis textos", dijo la escritora mexicana.

Todas estas cosas cotidianas que forman parte de la vida de Silvia Molina sirven mucho para darle verosimilitud a sus novelas. "Lo importante en la literatura es que un texto parezca verdadero. A través la conferencia *Cómo se cocina un texto literario* me interesa que la gente sepa cómo trabajo, aunque finalmente todos los escritores trabajamos de distinto modo".

En cuanto a los cuentos, la autora de *Lides de estaño*, explicó: "Un día, una directora de cine, Alejandra Islas, me propuso adaptar uno de mis cuentos para llevarlo a la pantalla grande. Le propuse que mejor hiciéramos un guión original, porque siempre cambia un texto literario cuando se convierte en una película. Nos sentamos a platicar sobre el tema, pero cuando llegué a mi casa empecé a hacer un libro de cuentos: *Un hombre cerca*".

Silvia Molina sabe que una novela es un trabajo de tiempo completo durante años: "He escrito novelas fuera de mis alcances cotidianos. He tenido que hacer mucha investigación. *Ascensión Tun*, por ejemplo, que se acaba de reeditar con el nombre de *La noche de Ascensión Tun*, me obligó a empaparme de la historia de la Guerra de Castas, por ser el periodo en el que se ubica. Otra de mis novelas, *La familia vino del norte*, trata el tema de la Revolución Mexicana visto desde la perspectiva de los nietos o bisnietos de los revolucionarios. Pero eran tantas las facciones y tantos los grupos y los problemas internos que al leer sobre el tema más me confundía".

La preocupación esencial de Molina no es terminar una novela en poco tiempo: "Cada texto tiene su ritmo. Lo importante es que el escritor sienta que el texto sí se está cocinando, que no hay prosa, que tienes la libertad de cambiar. Yo, por ejemplo, en el proceso de *La familia vino del norte*, cambié como cuatro veces el texto. Eso no importa; lo que importa es estar satisfecho con el trabajo".

Los antepasados de la escritora son protagonistas de *El amor que me juraste*: "Recopilando una serie de actas sobre mi parentela de Campeche, aproveché para meter a mi novela ciertas cosas que se me habían atravesado en la vida, cosas singulares, como la moda de morirse de cólico miserere entre mis parientes".

La autora de *La mañana debe seguir gris* afirma que no cree en la inspiración: "Yo no creo en la inspiración. Yo creo en la necesidad bastante honda de sentarse a escribir,

lo cual he experimentado. Por ejemplo, en estos días he estado preparando la boda de una de mis hijas y no he podido sentarme a escribir con la disciplina que normalmente tengo. En este momento siento una enorme necesidad de sentarme en mi espacio, a hacer mis cosas y a encerrarme en mi mundo, ese mundo que vives a través de los personajes que creas.", concluyó Silvia Molina.

✚ PUBLICACIONES

NOVELA

La mañana debe seguir gris, México, Joaquín Mortiz, 1977.

Ascensión Tun, México, Martín Casillas, 1981. ECO, 1993.

La familia vino del norte, México, Cal y Arena, 1988.

Imagen de Héctor, México, Cal y Arena, 1990.

El amor que me juraste, México, Joaquín Mortiz, 1998.

Muchacha en azul, México, Joaquín Mortiz, 2001.

CUENTO

Lides de estaño, México, UAM, 1984.

Dicen que me case yo, México, Cal y Arena, 1989.

Silvia Molina. Material de Lectura, colección El cuento contemporáneo (65), Selección e introducción de Evodio Escalante, México, Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM, 1990.

Un hombre cerca, México, Cal y Arena, 1992.

Recomenzar, Antología personal, México, Biblioteca

TEATRO

Circuito cerrado, México, UNAM, Dirección de Literatura de Difusión Cultural, 1995.

ENSAYO

Leyendo en la tortuga, México, Martín Casillas Editores, 1981.

Alfonso Reyes/Héctor Pérez Martínez. A vuelta de correo, México, UNAM/Universidad de Colima, La crítica literaria en México, 1988.

Campeche, punta del ala del país, Poesía, narrativa y teatro, 1550-1990, México, Dirección General de Publicaciones del CNCA, 1991.

Encuentros y reflexiones, México, UNAM, Dirección de Literatura, 1998.

VARIA

Fundación de la memoria, texto de Silvia Molina, fotografía de Gerardo Suter y prólogo de José Emilio Pacheco. México, Gobierno del Estado de Campeche, Banco BCH, 1993.

Campeche, imagen de eternidad, Crónica de viaje. México, Dirección General de Publicaciones del CNCA, Col. Cuaderno de viaje, 1996.

Bibliografía Contemporánea del Estado de Campeche, Campeche, Gobierno del Estado, 1996.

Héctor Pérez Martínez en la intimidad, Campeche, Gobierno del Estado, 1998.

Diario de Sofía

LITERATURA INFANTIL

El papel, México, Patria, 1985.

El algodón, México, Patria, 1987.

Los cuatro hermanos, México, ECO, 1988.

La leyenda del sol y la luna, México, Trillas, 1991.

La creación del hombre, México, Trillas, 1991.

Los tres corazones, México, ECO, 1992.

El misterioso caso de la perra extraviada, México, Sámara/SEP, 1992. Eco, 1997.

Mi familia y la Bella Durmiente cien años después, México, ECO, 1993.

Las dos iguanas, México, ECO, 1993.

El abuelo ya no duerme en el armario, New York, Scholastic Inc., 1996. Rincones de lectura. SEP/ECO, 1996.

Marina y el pirata, México, SM, 1998.

El topo y la codorniz, México, ECO/DGP, 1999.

Quiero ser la que seré, Madrid, Everest, 2000.

Las aventuras de don Sebas y Campeona, Madrid, Everest, 2000.

Mi abuelita tiene ruedas, México, CIDCLI, 2000.

Martín Martán fuera del gallinero, México, Santillana, SEP, CONAFE, 2003.

Le comieron la lengua los ratones, Madrid, Everest, 2005.

Hasta el ratón y el gato pueden tener un buen trato, México, 2006.

CRÓNICA

Las tradiciones pueden enriquecerse, México, Sedesol/Fonaes, colección Crónicas de las empresas sociales, 1999.

Un chapulín frente a un tigre, México, Sedesol/Fonaes, colección Crónicas de las empresas sociales, 2000.

PREMIOS Y DISTINCIONES

Premio Xavier Villaurrutia 1977, por **La mañana debe seguir gris**.

Premio Antonio Robles de Literatura Infantil 1984 por **La creación del sol y de la luna** (Ilustraciones de Maribel Suárez).

Premio Nacional de Literatura Infantil Juan de la Cabada 1992, por **Mi familia y la Bella Durmiente cien años después**.

Premio Internacional Sor Juana Inés de la Cruz, 1998, que otorga la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, México, por **El amor que me juraste**.

III Premio Leer es vivir, 1999, de Literatura Infantil, Editorial Everest, España, por **Quiero ser la que seré**.

Becaria del Centro Mexicano de Escritores, 1979-1980.

Escritora en residencia y profesor visitante en la Brigham Young University de Utah, Provo, USA, 1989.

Becaria del International Writing Program de la Univesidad de Iowa, Iowa City, USA, 1991.

Becaria del Fideicomiso para la Cultura México/Estados Unidos en 1994 para la creación de **Así soy**, un libro para incrementar el autoestima de los niños de origen mexicano en Estados Unidos.

Incorporada al Sistema Nacional de Creadores de Arte: 1995-1997 y 1998-2000.

Beca de Residencia en el Writers Room de la ciudad de Nueva York: agosto y septiembre de 2000.

Nominada para The Dublin Award, 2001, auspiciado por IMPAC en cooperación con las bibliotecas de Dublín, Irlanda, por la traducción de **El amor que me juraste: The Love You Promised Me**.

La casa nueva.

A Elena Poniatowska

Claro que no creo en la suerte, mamá. Ya está usted como mi papá. No me diga que fue un soñador; era un enfermo —con el perdón de usted—. ¿Qué otra cosa? Para mí, la fortuna está ahí o, de plano, no está. Nada de que nos vamos a sacar la lotería. ¿Cuál lotería? No, mamá. La vida no es ninguna ilusión; es la vida, y se acabó. Está bueno para los niños que creen en todo: "Te voy a traer la camita", y de tanto esperar, pues se van olvidando. Aunque le diré. A veces, pasa el tiempo y uno se niega a olvidar ciertas promesas; como aquella tarde en que mi papá me llevó a ver la casa nueva de la colonia Anzures.

El trayecto en el camión, desde la San Rafael, me pareció diferente, mamá. Como si fuera otro... Me iba fijando en los árboles —se llaman fresnos, insistía él—, en los camellones repletos de flores anaranjadas y amarillas —son girasoles y margaritas—, decía.

Miles de veces habíamos recorrido Melchor Ocampo, pero nunca hasta Gutemberg. La amplitud y la limpieza de las calles me gustaba cada vez más. No quería recordar la

San Rafael, tan triste y tan vieja: "No está sucia, son los años", repelaba usted siempre, mamá. ¿Se acuerda? Tampoco quería pensar en nuestra privada sin intimidad y sin agua.

Mi papá se detuvo antes de entrar y me preguntó:

— ¿Que te parece? Un sueño, ¿verdad?

Tenía la reja blanca, recién pintada. A través de ella vi por primera vez la casa nueva...

La cuidaba un hombre uniformado. Se me hizo tan... igual que cuando usted compra una tela: olor a nuevo, a fresco, a ganas de sentirla.

Abrí bien los ojos, mamá. Él me llevaba de aquí para allá de la mano. Cuando subimos me dijo:

—Ésta va a ser tu recámara.

Había inflado el pecho y hasta parecía que se le cortaba la voz de la emoción. Para mí solita, pensé. Ya no tendría que dormir con mis hermanos. Apenas abrí una puerta, él se apresuró:

—Para que guardes la ropa.

Y la verdad, la puse allí, muy acomodadita en las tablas, y mis tres vestidos colgados, y mis tesoros en aquellos cajones. Me dieron ganas de saltar en la cama del gusto, pero él me detuvo y abrió la otra puerta:

—Mira, murmuró, un baño.

Y yo me tendí con el pensamiento en aquella tina inmensa, suelto mi cuerpo para que el agua lo arrullara.

Luego me enseñó su recámara, su baño, su vestidor. Se enrollaba el bigote como cuando estaba ansioso. Y yo, mamá, la sospecha enlazada a él en esa camota —no se parecía en nada a la suya—, en la que harían sus cosas sin que sus hijos escucháramos. Después, salió usted recién bañada, olorosa a durazno, a manzana, a limpio. Contenta, mamá, muy contenta de haberlo abrazado a solas, sin la perturbación ni los lloridos de mis hermanos.

Pasamos por el cuarto de las niñas, rosa como sus mejillas y las camitas gemelas; y luego, mamá, por el cuarto de los niños que "ya verás, acá van a poner los cochecitos y los soldados". Anduvimos por la sala, porque tenía sala; y por el comedor y por la cocina y por el cuarto de lavar y planchar. Me subió hasta la azotea y me bajó de prisa porque "tienes que ver el cuarto para mi restirador". Y lo encerré ahí para que hiciera sus dibujos sin gritos ni peleas, sin niños cállense que su papá está trabajando, que se quema las pestañas de dibujante para darnos de comer.

No quería irme de allí nunca, mamá. Aun encerrada viviría feliz. Esperaría a que llegaran ustedes, miraría las paredes lisitas, me sentaría en los pisos de mosaico, en las alfombras, en la sala acojinada; me bañaría en cada uno de los baños; subiría y bajaría cientos, miles de veces la escalera de piedra y la de caracol; hornearía muchos panes para saborearlos despacito en el comedor. Allí esperaría la llegada de usted, mamá, la de Anita, de Rebe, de Gonza, del bebé, y mientras, también escribiría una composición para la escuela: *La casa nueva*.

En esta casa, mi familia va a ser feliz. Mi mamá no se volverá a quejar de la mugre en que vivimos. Mi papá no irá a la cantina; llegará temprano a dibujar. Yo voy a tener mi cuartito, mío, para mí solita; y mis hermanos...

No sé qué me dio por soltarme de su mano, mamá. Corrí escaleras arriba, a mi recámara, a verla otra vez, a mirar bien los muebles y su gran ventanal; y toqué la cama para estar segura de que no era una de tantas promesas de mi papá, que allí estaba todo tan real como yo misma, cuando el hombre uniformado me ordenó:

—Bájate, vamos a cerrar.

Casi ruedo las escaleras, el corazón se me salía por la boca:

— ¿Cómo que van a cerrar, papá? ¿No es mi recámara?

Ni con el tiempo he podido olvidar: ¡Qué iba a ser nuestra cuando se hiciera la rifa!

Leyendas Mayas de la Creación:

Los Dioses de la lluvia y el viento

Versión: Silvia Molina

Ya la tierra tenía luz y calor para las plantas y los animales, pero el Gran Padre y la Gran Madre pensaron que era necesario controlar las lluvias y los vientos para que las plantas, alimento de los animales, se desarrollaran y no se secaran o se pudrieran de humedad.

Y para ello, crearon al dios del viento llamado Kukulcán quien se encargaría de que los vientos barrieran con cuidado el camino de la lluvia.

Le dieron a Kukulcán como disfraz un traje de serpiente emplumada. Y le regalaron poder sobre los aires, los remolinos y los huracanes.

Después crearon a Chac, el dios de la lluvia, y le dieron como disfraz una nariz larga, una lengua y unos colmillos de serpiente.

Y le regalaron una hacha, símbolo del rayo, el relámpago y el trueno con que anunciaría su paso.

Y a partir de ese momento, las ranas fueron los músicos de Chac. Croarían para anunciar la lluvia.

Y para que Kukulcán y Chac cumplieran con su trabajo de hacer llegar el viento y la lluvia a la tierra, los dioses creadores les dieron cuatro ayudantes: los chaques.

Los chaques llevaban consigo unas calabazas con agua, unos sacos con viento, un tambor y un hacha.

Cuando cumplían las órdenes de Kukulcán y de Chac, abrían un poco las calabazas para dejar caer la lluvia; de los sacos dejaban escapar el viento, con el tambor

producían los truenos y con las hachas los relámpagos.

Después crearon a Chac, el dios de la lluvia, y le dieron como disfraz una nariz larga, una lengua y unos colmillos de serpiente.

Y le regalaron una hacha, símbolo del rayo, el relámpago y el trueno con que anunciaría su paso.

Y a partir de ese momento, las ranas fueron los músicos de Chac. Croarían para anunciar la lluvia.

Y para que Kukulcán y Chac cumplieran con su trabajo de hacer llegar el viento y la lluvia a la tierra, los dioses creadores les dieron cuatro ayudantes: los chaques.

Los chaques llevaban consigo unas calabazas con agua, unos sacos con viento, un tambor y un hacha.

Cuando cumplían las órdenes de Kukulcán y de Chac, abrían un poco las calabazas para dejar caer la lluvia; de los sacos dejaban escapar el viento, con el tambor producían los truenos y con las hachas los relámpagos.



Por Susana Garduño

-¿Está la maestra Silvia Molina? -preguntamos a través del enrejado de metal a una señora que, afanosa, trabajaba en la puerta.

Entonces, *La Morita* salió a recibirnos con toda la faramalla de un cachorro de pastor alemán de tres meses que aún no sabe si defender la casa o darnos la bienvenida.

-Sí, sí está -nos dijo un hombre de mirada sonriente que acudía a abrirnos.

-¡ *Morita* , estate quieta! -le dijo a la cachorra que todavía no decidía qué hacer respecto a nosotros.

Cruzamos la reja y el patio entre los ladridos de *Morita* y las disculpas del amable hombre que nos dio paso a la casa.

Adentro es un lugar lleno de cosas suaves: cojines afelpados y mullidos sillones. Al fondo, la vista descansa en el jardín verde esmeralda, con un pasto que también parece de felpa. Con gesto dulce y suave, la maestra Silvia Molina salió a nuestro encuentro y en unos minutos estaba hablando con *Club de Lectores* de su excepcional carrera en las letras.

El descubrimiento de su vocación

Me di cuenta cuando intenté escribir mi primer libro. Se me hizo muy fácil escribir un libro, contando mi propia historia, después de leer una obra que me había impactado mucho, de José Agustín.

En la época en que lo leí, estaba terminando la preparatoria y los libros que nosotros leíamos no eran adecuados para nuestra edad. A mí, la obra de José Agustín me gustó porque el lenguaje era muy fresco, porque era un libro irreverente, me hablaba de mi ciudad y me vi retratada en ese libro y vi el retrato de mis hermanos; y como parecía que José Agustín escribía como se hablaba, entonces se me hizo muy fácil escribir mi primera novela -agrega con una sonrisa-, que rompí años más tarde cuando me di cuenta de lo que era escribir.

Sus inicios como escritora

Fui una estudiante tardía porque salí muchas veces a vivir fuera de México, por lo cual prolongué mucho la preparatoria. Pero haber vivido en tantos países me dio mucha libertad para desenvolverme porque estaba acostumbrada a desempeñarme como una muchacha sola en un país extranjero. Los viajes también me alimentaron como autora. Tenía unos 18 años cuando comencé a escribir.

Por otra parte, fui muy mala lectora. Empecé a leer en la preparatoria. Pero soy un caso especial, porque soy disléxica, así que aprendí a leer muy tarde. Mis lecturas eran muy pobres, eran muy pocas, no me gustaba leer. Y además, las lecturas que me daban en la escuela no eran propias para mi edad.

Me formé como escritora en un taller donde daban clases Elena Poniatowska y Hugo Hiriart. Por una parte, la disciplina con Elena y por otro lado, quien sí me enseñó definitivamente a escribir fue Hugo Hiriart. Él me enseñó a reflexionar y me decía: "Escribir es poner en orden. tienes que elegir las palabras", y me decía cómo hacerlo. Me enseñó cuál era en la práctica el oficio del escritor. Y aprendí que era más bien quitar que poner. La escritura consiste más en reformar componer y en poner en orden lo que uno hizo como una primera versión.

Quiero ser la que seré

Obtuve el premio *Leer es Vivir* que otorga la editorial Everest en España con ese cuento. Cuando me dieron la convocatoria no me interesó en ese momento, pero poco después, me quedé reflexionando sobre el título del premio. Pensé que cuando aprendí a leer, realmente aprendí a vivir, para mí la vida se divide en antes y después de leer, porque yo entré a primero de secundaria y era desastroso, una falta de seguridad absoluta.

Estuve en un colegio de mujeres y me sentía igual que muchas de mis compañeras e incluso había cosas que hacía mejor que ellas, pero no aprendí a leer.

Cuando vi el título del premio reflexioné, porque eso es cierto, cuando aprendes a leer, aprendes a vivir. Y pensé, si yo pudiera contar mi experiencia, mandaría ese cuento.

Esa noche empecé a pensar sobre qué podría escribir y me propuse como un reto contar una historia sin nombrar la palabra dislexia y fue lo que hice, en el cuento nunca aparece la palabra dislexia como un justificante.

Conté la historia de una niña que va a la escuela y sufre esta discapacidad, no entiende por qué no sabe leer como el resto de sus compañeros. Tiene la suerte de contar con una familia que la comprende -ése no fue mi caso, porque en mi casa todos me querían ayudar, como la familia de mi personaje, pero no sabían cómo hacerlo. En esa época nadie sabía realmente cómo ayudarme. Nada más hacían que yo me fatigara más y yo terminaba llorando. La tarea era tema de llanto todos los días. No entendían por qué en lugar de "el" yo leía "le". Mi personaje tiene un medio familiar favorable que cuenta mucho para el desarrollo de esa pequeña niña.

La superación de la dislexia

Entré a primero de secundaria sin saber leer. El primer día de clases de español, entró la maestra y me señaló.

-¡Tú! Empiezas a leer *Platero y yo*, en la página 7.

Traté de fingir que no me hablaba a mí, sino a la muchacha de atrás. Pero me volvió a decir:

-¡Tú! ¿Qué no entiendes? Empieza a leer en lo que acomodo mis cosas.

Era una maestra española que amaba la literatura y además era la maestra de teatro.

Cuando empecé a leer me regañó de un modo horrible.

-¿Qué haces aquí? ¡Te vas a primero de primaria! ¿Cómo has pasado de año si nunca has sabido leer?

Y lo que había pasado fue que tuve un hermano muy generoso quien se dio cuenta de que nunca iba a aprender a leer y se ocupó de hacer que yo me aprendiera de memoria todo lo que enseñaban en la escuela, porque pensó que de otra manera yo no iba a tener ningún futuro. Él revisaba mis apuntes que eran difíciles de descifrar incluso para él y después sacaba los libros y hacía que me aprendiera de memoria cada clase. Con eso, a la hora del examen, yo más o menos reconocía lo que sabía de memoria en los exámenes de opción múltiple. Fui pasando de año. Sin ninguna buena calificación o promedio, pero así terminé la primaria.

Mis maestros no me tomaban mucho en cuenta, más bien, no me tomaban en cuenta.

Me reprobaron en segundo año, como al personaje de mi novelita. Eso para mí fue durísimo, porque perdí a mi mejor amiga quien sí pasó de año. Y además, fue la primera vez que me sentí realmente distinta. Pensaba: ¿qué tengo yo que todas mis compañeras pasan de año y yo no puedo pasar?

La maestra de español de primero de secundaria, que se apellidaba Soriano, me dijo: "Yo te voy a enseñar a leer". Ella tenía un carácter muy firme y era muy directa y brusca. Al principio me asustaba mucho.

Cuando había que alegrarse yo trataba de interpretar lo que leía -¡qué me iba yo a alegrar!- y ella me decía:

-¡No es así! ¡Te tienes que alegrar! A ver, ¿cómo te alegras? -y es que ella era también la maestra de teatro.

De manera que cuando terminé de leer con ella *Platero y yo*, me dijo:

-Tu premio es que vas a ser actriz en la obra de teatro que vamos a montar.

Esa obra no la montaban en primer año de secundaria, sino en tercero. Pero yo pasé directo de ahí a tomar un papel en la obra de teatro. Porque me había enseñado a leer, no solamente bien, sino interpretando a los personajes.

La vida después de leer

Después vi la vida distinta. Me había vuelto muy disciplinada porque mi hermano me estaba esperando a que llegara de la escuela para que me aprendiera las lecciones de memoria. Entonces, después de que aprendí a leer en la secundaria no me costaba trabajo realmente sentarme a estudiar. Estaba tan contenta de que ya había descubierto el chiste de la escritura y la lectura que me sentaba a estudiar y pasé a ser, de un cero a la izquierda, pues. ¡un número a la derecha! Sacaba muy buenas calificaciones.

En esa época, en la escuela daban medallas y a fin de año tenía yo una medalla de una cosa o la otra. Para mí fue un cambio de vida rotundo. De que nadie me tomaba en cuenta, pasé a ser una alumna destacada. Y todo gracias a esta maestra que no era especialista, ni era terapeuta, ni sabía qué cosa era la dislexia, ni nada.

El entrenamiento que ella me dio, me enseñó a leer la frase completa con la vista, ni siquiera la pronunciaba yo. Luego me regresaba reconstruyendo el lenguaje. Lo que no entendía, trataba de recomponerlo. Cada vez más y más, hasta que fui logrando leer de corrido. Y sobre todo entender. Porque de pronto estaba tan preocupada en poner las palabras en orden que no entendía la lectura. Después, ella me enseñó a reflexionar y no sólo a eso, sino a interpretar a los personajes.

Los premios de literatura

La maestra Silvia Molina recibió el Premio Xavier Villaurrutia 1977, por *La mañana debe seguir gris* ; el Premio Nacional de Literatura Juan de la Cabada 1992, por *Mi familia y la Bella Durmiente cien años después* ; el Premio Sor Juana Inés de la Cruz 1998, de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, por *El amor que me juraste* ; el Premio Leer es Vivir 1999, de Editorial Everest en España, por

Quiero ser la que seré . Algunas de sus obras han sido traducidas a varios idiomas.

-Cuando me dieron el Premio Xavier Villaurrutia, en 1977, me asusté mucho. Porque no había leído mucho, no había tenido las lecturas que había que tener. Por eso me asusté, pensé: me dan un premio que tiene mucho prestigio y yo no soy una persona que provenga del mundo de la literatura ni que tenga experiencia en ella.

Me inscribí a la Facultad de Filosofía y Letras, porque había estudiado primero Antropología. Empecé poco a poquito. Me costaba muchísimo trabajo, por ejemplo la ortografía. Y me sirvió mucho estudiar la gramática francesa, aprendí cómo funcionaba la gramática española en la universidad, pero antes de eso, me ayudó haber estudiado la gramática francesa.

"¿Y su mamá sabe?"

Un vez encontré a una señora ya mayor en un avión y me contó su vida. Me dijo que tenía un hijo disléxico y que él no había hecho nada. Le dije: "¿Cómo, señora? yo soy disléxica". y me dijo:

-¡Pero cómo! ¿Usted es disléxica y es autosuficiente?

Y cuando le conté que era escritora, me dijo:

-Bueno, ¿y su mamá sabe?

Porque ella no sabía si mi mamá vivía o no. Le respondí:

-Sí, mi mamá sabe.

-Yo nunca hubiera pensado que una persona disléxica pudiera llegar a ser escritora. Me hubiera encantado que mi hijo hiciera algo.

Le dije que hay diversos grados de la dislexia y quizá tuve mucha suerte. Pero bueno, aunque mi mamá ya había muerto, sí alcanzó a ver que yo había escrito.

Su mensaje a quienes enfrentan el problema de la dislexia

Sobre todo a los padres, que tengan mucha paciencia y que pongan a sus hijos en manos de los especialistas. Y a los niños que no se desesperen, porque hoy es un problema que se supera muy fácilmente. Tengo una hija disléxica y no sabía lo que le pasaba. Cuando me di cuenta fui a ver a la maestra y le dije: "¡Tiene lo mismo que yo!", toda asustada. La maestra me contestó:

-¡Ay, señora, usted ni se preocupe! Si es dislexia, la vamos a pasar con la psicóloga de la escuela.

La dislexia no se quita, pero se adquiere la capacidad de leer, y entender lo que se lee, con ejercicio

End.